



## Activismo periodístico y compromiso político. La revista *Triunfo* por la ruptura democrática (1976-1977)

Gloria García González

PILAR

Universidad Pontificia de Salamanca

Cuando en el otoño de 1961 entra en crisis irreversible la revista de cine y espectáculos que desde 1947 llevaba el nombre de *Triunfo*, su fundador y editor, José Ángel Ezcurra, entiende que la única posibilidad de salvar la cabecera es aceptar un acuerdo de edición con el Grupo Movierecord, por entonces constituido como un importante conglomerado de empresas dedicado a la publicidad y a la comunicación. El acuerdo viene acompañado de un nuevo proyecto de revista, más volcado en la información general, aunque sin desatender lo que hasta entonces había constituido la seña de identidad del viejo *Triunfo*, el cine, el teatro, la música, la literatura, las artes plásticas y la televisión, y todo ello presentado «con un lenguaje desenvuelto, nada convencional, titulares muy directos “a la italiana” y confección desenfadada»<sup>1</sup>.

El 9 de junio de 1962 sale a la luz el primer número del nuevo *Triunfo*, al precio de 10 pesetas, con 110 páginas y un suplemento interior llamado «Semáforo» y dedicado a la cartelera de espectáculos de Madrid. Desde su primera portada, Brigitte Bardot daba paso a un número en el que la actualidad cinematográfica, editorial, televisiva y teatral copaba la práctica totalidad de sus páginas. El indiscutible atractivo de *Triunfo* seguía estando en una perfecta combinatoria de frivolidad y progresismo cultural que

1. José Ángel Ezcurra, «Crónica de un empeño dificultoso», en: Alicia Alted; Paul Aubert (ed.), *Triunfo en su época*, Madrid, Casa de Velázquez-Ediciones Pléyades, 1995, pág. 384.



le permitía hablar del último certamen de Miss Europa sin descuidar la atención sobre la última obra de Pasolini, las novedades literarias de mayor interés o los estrenos teatrales más vanguardistas en Barcelona. Las firmas de Juan García Hortelano, Ignacio Agustí, Jesús García de Dueñas o José Monleón, además de los reportajes de actualidad internacional a cargo de



Figura 1  
Portada de *Triunfo*, n.º 1, 9-VI-1962



Eduardo Haro Tecglen y los agudos análisis sobre asuntos religiosos firmados siempre por Enrique Miret Magdalena, incorporados ambos a la redacción de *Triunfo* en su n.º 22 del 3 de noviembre, otorgaron a *Triunfo* un perfil de revista cultural y cosmopolita muy próxima al modelo que entonces podía representar *Paris Match*. La presencia en sus portadas de los



Figura 2

Portada de *Triunfo*, n.º 313, 1-VI-1968





rostros más bellos del panorama cinematográfico del momento concedía un plus de atractivo visual a la revista, muy poco frecuente en la prensa española de esos años. El cosmopolitismo de la revista se puso de manifiesto desde el momento en que ya en su primer número, la atención de sus páginas, incluso las de las secciones más frívolas, se volcaba de manera preferente sobre lo que ocurría fuera de España, de modo que ya desde 1962, la lectura de *Triunfo* ofrecía la impagable oportunidad de trascender los estrechos límites culturales que marcaban la fronteras del régimen.

A medida que avanzan los sesenta los reportajes de contenido social, la información política internacional y las entrevistas a los intelectuales europeos más comprometidos del momento fueron ganando presencia en el interior de la revista, en perjuicio de las secciones de belleza, moda y pasatiempos. *Triunfo* ganaba atractivo político e intelectual en la misma medida en que se granjeaba la desconfianza de las autoridades del régimen y de sus censores. El semanario empezaba a resultar incómodo para el régimen. La Crisis de los Misiles, la Guerra de Vietnam, Mayo del 68, el golpe militar en Chile, las guerrillas latinoamericanas, las estrategias electorales de la izquierda europea, etc. y en lo que se refiere a España, la actualidad teatral, editorial y la atención prestada a cuestiones sociales no problematizadas por el régimen (la educación, la emigración, los anticonceptivos, etc.) le hicieron merecedor de un estricto control de la censura impuesta por la Ley de Prensa y Propaganda de 1938, primero, y de un severísimo control gubernativo en aplicación de la Ley de Prensa de 1966, más tarde. La sucesión de multas y suspensiones con que fue sancionada la publicación fue interminable, hasta llegar a poner en grave riesgo la lealtad de los anunciantes y, por tanto, la continuidad de la revista.

Obviamente, estas circunstancias enrarecieron la relación entre el consejo editorial de la revista y su consejo de redacción. Inesperadamente, como relata José Ángel Ezcurra, su director, la tensión hizo crisis recién estrenada la década de los 70, cuando la empresa editora sufrió tal descalabro económico que todas sus empresas pasaron a depender de su principal acreedor, el Banco Atlántico, cuya cúpula estaba controlada por miembros del Opus Dei. Únicamente la habilidad negociadora de Ezcurra permitió liberar a *Triunfo* de esa sujeción, iniciando en 1971 una nueva trayectoria empresarial del todo autónoma.

Sin duda, fue esta autonomía empresarial la que en esos últimos años de la dictadura fortaleció la personalidad de *Triunfo*, cada vez más libre y arriesgada, en su empeño por hacer de la cultura y el pensamiento una novísima forma de agitación política e intelectual. El interés por la actualidad internacional se intensifica en forma de reportajes, análisis o extensas cró-





nicas periodísticas, que acentúan la dimensión intelectual de su enfoque. Semana tras semana, *Triunfo* daba muestras sobradas de que su fascinación por lo que ocurría fuera de España era algo más que un ejercicio de snobismo e incluso, mucho más que un inequívoco signo de su espíritu abierto y progresista. La apertura al exterior sin duda, era un gesto de indudable simbolismo político mediante el que a la cerrazón cultural del régimen, *Triunfo* oponía la apertura de horizontes, y a la imposibilidad práctica de abordar con libertad temas políticos de referencia nacional, *Triunfo* oponía el interés por lo que ocurría en el mundo. Gracias a los extraordinarios reportajes gráficos contenidos en cada número, sus lectores pudieron conocer las corrientes intelectuales más dinámicas de esos años, las tendencias artísticas y literarias más vanguardistas, los movimientos políticos y sociales silenciados por el resto de la prensa española, los nombres más significados del pensamiento, de la literatura o de la vida pública internacional del momento.

Mientras tanto, la mirada sobre España quedaba recluida al sarcasmo de Manuel Vázquez Montalbán en su «Capilla Sixtina», a la ironía de Luis Carandell y su «Celtiberia Show» y al humor negro de las viñetas de Chumy Chúmez, Ops o Regueiro. Desde el particular espejo de *Triunfo*, la dictadura había estancado a España en la vulgaridad, la antigüalla, la ramplonería y el absurdo. Y lo que hace *Triunfo* es invitar al lector a mirar el país *desde fuera*, con la mirada de un extraño, de un extranjero asombrado por el sinsentido de lo cotidiano. Ni una sola referencia a la política institucional española, absoluto silencio sobre la actividad política de la dictadura, porque *Triunfo* elige hablar de política sin hablar de la política del régimen. Decide hablar de política cuando habla de las deficiencias sanitarias en España, de la insuficiente cobertura de la escuela pública, del nivel de vida medio en el país, pero también habla de política nacional cuando habla del panorama internacional, entablando con sus lectores un sabio código de interpretación conforme al que todos ellos entendían en clave interna casi cualquier asunto referido al exterior, incrementando hasta el extremo el atractivo y la complicidad de los lectores con *su* revista.

En esos últimos años de la dictadura, *Triunfo* ya no se entiende sin una elevada dosis de riesgo. El desafío al régimen se afronta políticamente en términos sociales y culturales, y la defensa de nuevos valores, de nuevos principios ideológicos, de nuevas costumbres y de novedosas formas de entender la convivencia y hasta la propia vida no es más que un modo posible de cuestionar lo incuestionado y debilitar los aparentemente inquebrantables principios del régimen. No tardaron en *Triunfo* en comprobar hasta qué punto el desafío ético lanzado desde sus páginas contra la dictadura





traía aparejada su correspondiente dosis de riesgo. Con su recién estrenada independencia empresarial, en *Triunfo* se decide la publicación de un número monográfico dedicado al matrimonio, que se convierte en la primavera de 1971 en piedra de escándalo para las autoridades del régimen. Artículos que hablaban del divorcio, del matrimonio como derecho de propiedad ejercido por siglos sobre las mujeres o de nuevos códigos para el amor, resultaron intolerables para las autoridades administrativa y judicial, que hicieron recaer sobre *Triunfo* una de las sanciones más graves aplicadas hasta el momento sobre una publicación española. Bajo la acusación de grave atentado contra la moral, y en aplicación del artículo 2 de la Ley de Prensa, el n.º 464 fue secuestrado, le fue abierto un sumario en el Tribunal de Orden Público y, por especial acuerdo del Consejo de ministros, *Triunfo* fue suspendido durante cuatro meses y multado con un cuarto de millón de pesetas. Miles de adhesiones de sus lectores, expresadas mediante suscripciones extraordinarias, mitigaron moral y económicamente este golpe.

Desde ese año de 1971, cada artículo, viñeta, fotografía o reseña cultural, sin olvidar cada portada, fueron un alegato no explícito contra la dictadura en cualquiera de sus órdenes, el social, el cultural, el de las costumbres, los valores, los tabúes y los prejuicios. *Triunfo* consiguió materializar el impreciso afán de tantos españoles por escapar de la miseria cultural del régimen en un contra-discurso del que se apropiaron muy amplios y dispares sectores del antifranquismo. Fueron éstos quienes, desde su pluralidad, hicieron de *Triunfo* una auténtica bandera. Y fueron ellos también, éstos que el propio José Ángel Ezcurra, llamó «lectores comprometidos»<sup>2</sup>, los que gracias a *Triunfo* aprendieron que el activismo cultural podía ser una forma de militancia. La revista asumió muy pronto que conformar la opinión de un significativo segmento de la sociedad española y legitimar sus rompedoras actitudes sociales le otorgaba una más que respetable influencia ideológica como cauce de expresión y adhesión social. Los lectores de *Triunfo* llegaron a constituirse en torno a la revista como una verdadera *comunidad hermenéutica*<sup>3</sup>, sustentada sobre unos mismos valores, unas similares inclinaciones intelectuales y unos mismos intereses.

Quizá tanto o más que otras plataformas clandestinas de representación ciudadana (sindicales, estudiantiles, políticas), *Triunfo* alcanzó una elevadísima autoridad ideológica en amplios círculos de la oposición al franquismo, al punto de ser reconocida como fuente y referencia ideoló-

2. José Ángel Ezcurra, «Crónica de un empeño dificultoso», en: Alicia Altet; Paul Aubert (ed.), *Triunfo en su época*, op. cit., pág. 641.

3. Alvin W. Gouldner, *La dialéctica de la ideología y la tecnología*, Madrid, Alianza ed., 1978, pág. 129.





gica obligada. «Hay que leer *Triunfo*», cuenta Vázquez Montalbán que le dijeron a modo de consigna unos amigos que fueron a visitarle a la cárcel<sup>4</sup>. *Triunfo* ejecutó, gracias a ello, el extraordinario papel de proporcionar una reconocida seña de identidad y un evidente sentimiento gregario al impreciso colectivo que formaban sus lectores, incluso a aquéllos que, sin participar en movimientos de protesta u otras formas de compromiso político, se identificaban, sin embargo, con el alma de la revista. Desde su particular visión del mundo, *Triunfo* institucionalizó antes de la muerte de Franco una cultura de izquierdas enraizada sentimentalmente con la herencia republicana, pero construida en el marco de la izquierda marxista, el Mayo del 68, el anticolonialismo, el pacifismo y las utopías revolucionarias tercermundistas.

El implacable acoso del régimen la acompañó hasta septiembre de 1975, en que la revista fue sancionada con cuatro meses de suspensión gubernativa por la publicación de un artículo de José Aumente el 26 de abril de 1975 titulado «¿Estamos preparados para el cambio?». Las circunstancias quisieron que el silencio al que fue condenado *Triunfo* le impidiera cubrir la gran noticia de la muerte del dictador al que con tanta firmeza había combatido desde sus páginas.

Cuando el 10 de enero de 1976 *Triunfo* regresa a la calle anunciando en su portada el flamante y enigmático titular *La respuesta democrática*, lo hace sabiendo que ni el país que había dejado meses atrás era el mismo, ni tampoco podía serlo ya el papel que el propio *Triunfo* estaba dispuesto a desempeñar. Sin la presencia física de Franco, las condiciones de posibilidad de un cambio político se habían multiplicado y por ello la revista que desde 1962 había alzado la bandera de la cultura antifranquista se encontraba ante la urgencia de redefinir su cometido público. Tras la muerte de Franco, la plantilla de *Triunfo*, sus colaboradores y, desde luego, sus lectores, compartían la sensación única de saber que durante los últimos años de la dictadura el *decir* de *Triunfo* había sido una forma de *hacer* oposición a la dictadura y que había llegado el momento de que la revista, desde esa particular forma de acción, ayudara a construir un nuevo espacio de convivencia.

Desde entonces, los temas políticos de carácter nacional pasaron a ocupar una atención prioritaria, casi exclusiva, mientras la actualidad cultural e internacional, hasta ese momento priorizada, era relegada a espacios secundarios dentro de la revista. La evidente y radical transformación de su

4. Manuel Vázquez Montalbán, «Liberación de añoranzas», en: Alicia Alted; Paul Aubert (ed.), *Triunfo en su época, op. cit.*, pág. 172.





*agenda* en el arranque de la transición revelaba un cambio significativo en la posición estratégica que *Triunfo* parecía adoptar. Había llegado por fin el momento de dar paso desde la cultura del *no*, tan extendida entre la oposición antifranquista a un *sí* que sólo podía significar la ruptura democrática con los usos y las estructuras autoritarias todavía vigentes tras la muerte

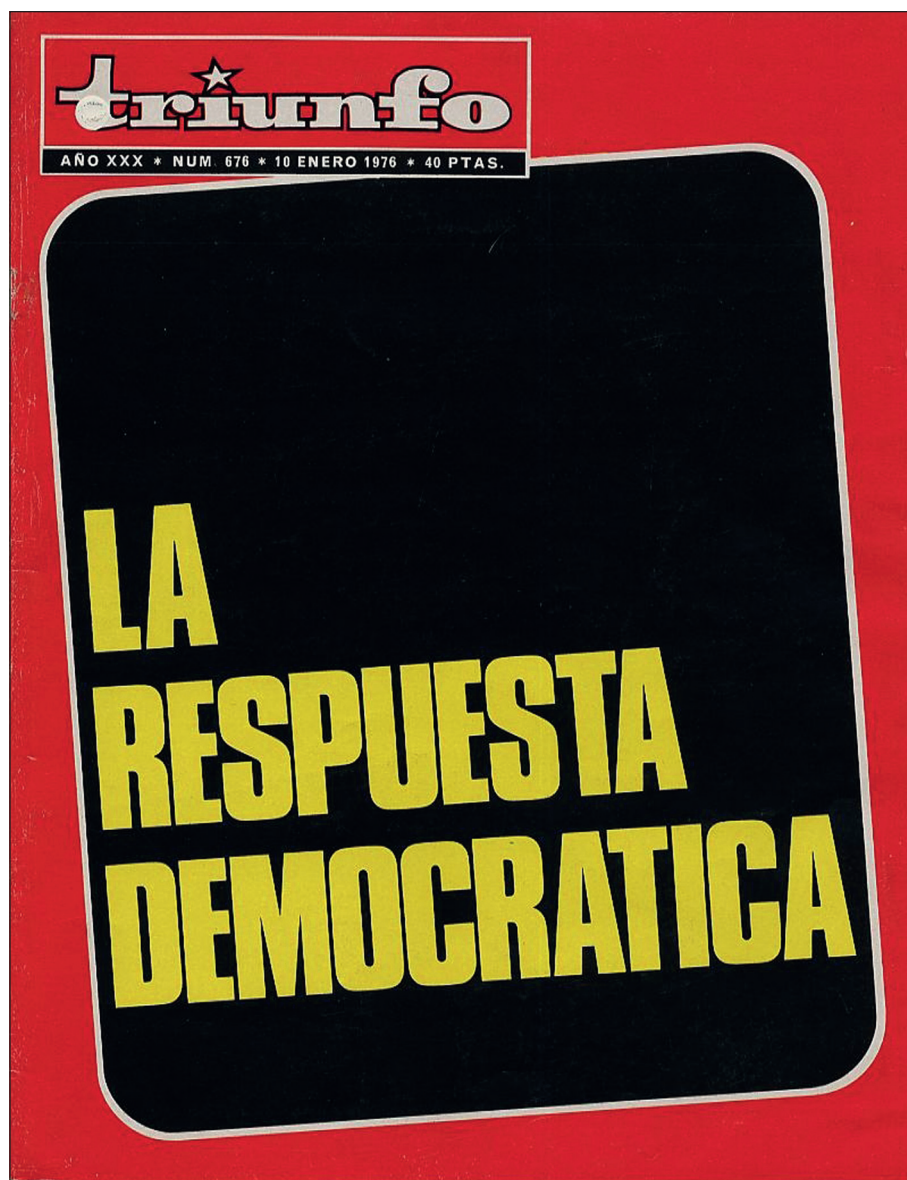


Figura 3  
Portada de *Triunfo*, n.º 676, 10-I-1976







del dictador. Esa es la razón por la que, desde el preciso momento en que en enero de 1976 declara su intención de dar una respuesta democrática al país, *Triunfo* ya está expresando su voluntad de *actuar* o, lo que es lo mismo, su propósito de *seguir siendo*, aunque ya en un nuevo contexto y con un renovado propósito.

### *La espiral del conflicto socio-político (1975-1977)*

El año 1975 había acabado con una gravísima cadena de conflictos, en lo que parecía el clímax de la larga fase de movilización social, iniciada en la década de los 50, con especial intensidad, en los ámbitos universitario e industrial. Así pues, a comienzos de 1976 nada nuevo parecía abrirse y, sin embargo, ya todo era distinto. Hubo que esperar a la muerte del dictador el 20 de noviembre de 1975 para que la oposición antifranquista viera en el conflicto el medio necesario para acelerar un cambio institucional radical. La incertidumbre política con que finalizó 1975, avivada por un estéril y errático Gobierno Arias, alimentó el convencimiento en amplios sectores de la oposición de que todas las posibilidades políticas estaban abiertas y de que todo proyecto político tenía ante sí la oportunidad de lograr sus objetivos, siempre y cuando fuera capaz de reunir el apoyo social suficiente para alcanzarlos.

De acuerdo con la expresión acuñada por Sidney Tarrow, cabría hablar en España a finales de 1975 del arranque de un *ciclo de protesta* abiertamente encaminado al derribo del régimen, que comenzaría a dar sus primeras muestras de debilidad tras la aprobación de la *Ley para la reforma política* en diciembre de 1976, y de clara disolución en vísperas de las primeras elecciones democráticas de junio de 1977. Es en este marco en el que *Triunfo* participó, no tanto como portavoz de estrategias ajenas, sino como actor principal en la construcción de un *clima* favorable a la protesta, donde ésta pudiera ser justificada y donde ésta pudiera alcanzar un respaldo social suficiente. Las acciones de protesta fueron defendidas por *Triunfo*, más allá de sus motivaciones inmediatas, como un medio de expresión pública, de participación cívica, de integración política y recuperación pacífica del espacio público para la ciudadanía. Pero la acción colectiva también era para *Triunfo* un fin en sí mismo, un acto público extraordinario del que participaban solidariamente los ciudadanos, y durante el que fortalecían su convencimiento de formar parte de una auténtica fuerza social.

El conflicto, en su vertiente política, cívica y sociolaboral sirvió desde noviembre de 1975 no sólo para desafiar la estabilidad de un régimen político ya muy debilitado sino, sobre todo, para reafirmar la existencia de





colectivos sociales que exigían públicamente su derecho a trazar el futuro del país. El conflicto, protagonista indiscutido de esta primera fase de la transición, llegó a marcar el ritmo de la *agenda* periodística de *Triunfo*, fortaleció públicamente la identidad de sus protagonistas y estableció los límites de la actuación política, llenando de contenido lo que se ha venido designando como «*presión desde abajo*»<sup>5</sup>.

En el caso español, es bien conocido que la movilización popular de los primeros setenta se había visto reforzada por el clima de contestación social generado en Europa en torno a Mayo del 68, por la percepción de que el final del dictador daría la oportunidad de trazar el futuro político del país conforme a las expectativas largamente alimentadas desde las filas del antifranquismo, y por la decisión de los partidos comunistas de incentivar la incorporación de sus militantes a los movimientos sociales emergentes en la conocida estrategia política del entrismo, para así canalizar políticamente sus actos de protesta y cualesquiera otras iniciativas de contestación. Con todo, estos movimientos sociales *casi* siempre hicieron gala de su autonomía orgánica y estratégica a la hora de hacer confluir la defensa de los propios intereses con la presión en favor de la ruptura democrática. Este complejo proceso de sinergia ideológica hizo posible no sólo el trasvase de apoyos de unos grupos a otros, sino la participación de todos ellos de unas similares expectativas de cambio político.

Los antagonismos ideológicos adquirieron en *Triunfo* una novedosa *visibilidad* que reforzó la imagen de una sociedad convulsa y por completo ajena a la parálisis que, sin embargo, sí padecía la esfera institucional hasta, al menos, julio de 1976. La difusión en *Triunfo* de los discursos legitimadores del conflicto llegó a ser tan imprescindible como la noticia del propio conflicto. Los discursos fueron los que le dieron sentido, lo explicaron y, en definitiva, justificaron, mostrando que sólo a través del conflicto y de su resolución era posible y políticamente aceptable encauzar al país por la vía de la modernidad. Discursos y estrategias se entrelazaron en *Triunfo* dando forma a un sujeto colectivo a partir del material periodístico que constituían los innumerables actos de protesta protagonizados por grupos, asociaciones, partidos y organizaciones sindicales diversas. *Triunfo* consiguió hacer de ese conglomerado social un único *ser percibido*<sup>6</sup>, la izquierda, portador de

5. José María Maravall, *La política de la transición*, Madrid, Taurus, 1985, pág. 199.

6. Gloria García González, «Propuestas teórico-metodológicas para el estudio de los nuevos movimientos sociales desde la historia de la comunicación», en: Alberto Pena (coord.), *Comunicación y guerra en la historia*, VI Congreso Nacional de Historiadores de la Comunicación, Santiago de Compostela, Tórculo, 2004, pág.<sup>s</sup> 939-950.





una identidad nacida, tanto de su práctica social, la movilización, como de la representación simbólico-mediática que alcanzaba en sus páginas.

En este sentido, más allá de la existencia de una coyuntura favorable a la protesta social, resultó decisiva la participación de colectivos sociales muy distintos de un marco interpretativo común, una misma cultura política, que les permitió entender la situación del país en unas claves de cambio político muy similares. En este contexto, la relevancia de *Triunfo* entre 1976 y 1977, más allá de sus cifras de tirada, está en que, siendo una publicación de referencia para los sectores sociales más movilizados, sus páginas actuaron como un espacio donde la protesta alcanzó su sentido más pleno.

En este sentido, es preciso recordar que durante el año y medio que transcurre antes de las elecciones de junio de 1977, la presión *desde abajo* actuó como poderoso agente inductor de la dinámica de cambio que desde julio de 1976 comenzó a sentirse *desde arriba*. Pero no es menos significativo el hecho de que el proyecto de ruptura política ardientemente defendido por la oposición democrática y finalmente disuelto en la corriente reformadora encabezada por el Gobierno Suárez inspiró la construcción de un imaginario social, radicalmente moderno, en el que los valores de cooperación, compromiso, solidaridad y participación pugnarón por imponerse en la definición cultural de una nueva ciudadanía sobre los de la vieja cultura política del franquismo, tan hondamente arraigada en la sociedad española.

### **Triunfo y la ruptura democrática**

Es en el contexto del postfranquismo en el que el término *ruptura* se convierte en palabra fetiche para la oposición democrática. Había sido manejada como concepto político-estratégico desde la fundación de la Junta Democrática en 1974, y a la muerte de Franco la *ruptura* se afianza en el imaginario de la izquierda como la única vía aceptable a la democracia. «La disolución de las instituciones no representativas, la concesión de plenas libertades, la implantación del sufragio universal, la convocatoria de Cortes Constituyentes [y] la resolución final entre Monarquía o República»<sup>7</sup>, además de una amnistía plena, y previa a todo lo anterior, por parte de un Gobierno provisional harían efectiva una auténtica ruptura con el régimen dictatorial, a la que el país sólo llegaría si las formaciones sociales y políticas

7. Manuel Vázquez Montalbán, «PTE, SOC, PSUC. Salida a la superficie», «Cuestiones periféricas», *Triunfo*, n.º 679, 31-I-1976, pág. 15.



más movilizadas emprendían sin demora una acometida implacable contra el aparato estatal franquista.

Desde esta perspectiva, *Triunfo* en 1976 tiene ante sí dos importantes desafíos de los que, ciertamente, dependía el mantenimiento o no de su papel como referente mediático para una parte importante de la izquierda,



Figura 4  
Portada de *Triunfo*, n.º 696, 29-V-1976



en primer lugar, afianzar en un contexto nuevo el reconocimiento público de lo que seguía siendo, en palabras de su director, su *razón ideológica*, y en segundo lugar, dejar bien sentado cuál iba a ser su papel dentro de la izquierda, desde el convencimiento de estar llamada a impulsar una ruptura democrática en España.

Lo que su editor, José Ángel Ezcurra, denominaba *razón ideológica*, y que había hecho de *Triunfo* una revista emblemática en los últimos catorce años, se presentaba en 1976 como un elenco de valores, expectativas y objetivos irrenunciables que la revista compartía con aquéllos que se reconocían de izquierdas y que a *Triunfo* le habría de servir, tanto para dar sentido a la actualidad, como para destacar su potencial transformador de la vida pública, porque esa cultura política, siendo fruto de una tradición, de una experiencia compartida y *memoria* de un pasado todavía muy presente, había de ser, sobre todo, fuente de inspiración de las acciones emprendidas entonces por las organizaciones de izquierda.

Para las formaciones sociales y políticas movilizadas, la afirmación y garantía de su propia pervivencia dependía en una parte significativa del apoyo que les pudieran brindar los medios de comunicación, pues sólo desde las páginas del papel impreso podría mantenerse la *tensión* necesaria, el interés público por sus actividades y proyectos entre una acción colectiva y la siguiente. Diarios y revistas llegaron a convertirse casi tanto como la calle en el *escenario de participación*<sup>8</sup> más codiciado y, al igual que ésta, no sólo se vieron contagiados por el empuje de la acción colectiva sino literalmente transformados por ella. *Triunfo* consiguió con gran eficacia periodística alimentar la continuidad de algunos movimientos sociales manteniendo vivo el interés por ellos<sup>9</sup>. Reportajes, artículos de opinión, entrevistas y mesas redondas promovidas por la propia revista se sumaban a la ingente cantidad de información generada por la música, el teatro o las artes plásticas, convertidas igualmente en plataformas reivindicativas desde donde se reforzaba la intensidad de la protesta.

8. Juan José García de la Cruz, «Los nuevos movimientos sociales», en: Salvador Giner (dir.), *España. Sociedad y política*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990, pág. 595.

9. Véase Nicolás Sartorius, «Huelgas políticas y laborales», *Triunfo*, n.º 677, 17-I-1976, pág. 14; Nicolás Sartorius, «Metal: Asambleas en *La Paloma*», *Triunfo*, n.º 695, 22-V-1976, pág. 12; Nicolás Sartorius, «Se extienden los conflictos», *Triunfo*, n.º 684, 6-III-1976, pág. 20; Nicolás Sartorius, «Vitoria. Silencio y luto en la ciudad», *Triunfo*, n.º 685, 13-III-1976, pág. 15; Manuel Vázquez Montalbán, «Los obreros no están en el paraíso», *Triunfo*, n.º 689, 10-IV-1976, pág. 21; L. A., «Primer mitin autorizado a CC OO», *Triunfo*, n.º 705, 31-VII-1976, pág. 10; Benito Llosa, «Asturias. El futuro sale a la calle», *Triunfo*, n.º 706, 7-VIII-1976, pág. 29; Jaime Millás, «Estalla la Valencia industrial», *Triunfo*, n.º 730, 22-I-1977, pág. 13.





Desde la expresión artística se suministró a los movimientos sociales una infinidad de referentes simbólicos, se *tradujeron* al código de la creatividad y la fantasía la denuncia y la reivindicación hechas públicas en calles y periódicos, y se facilitó el acercamiento de amplios grupos de ciudadanos, reacios a participar en acciones de protesta y que, sin embargo, por identificarse con los ideales de los movilizados a través de la música, la poesía o el teatro sentían que de algún modo formaban parte de los mismos colectivos<sup>10</sup>.

Claus Offe se refiere a todas estas formas de expresión artística como espacios culturales imprescindibles para cualquier movimiento social pues sólo ellas, además de todo lo dicho, son capaces de construir un trasfondo cultural común a diferentes colectivos<sup>11</sup>. Es ese sustrato de descontento y de principios, símbolos e ideales compartidos un fenómeno que se conoce como *marco dominante de protesta*<sup>12</sup>, constituido como espacio de encuentro entre movimientos sociales diversos y que, indudablemente, ayudó a tejer tupidas redes de cooperación solidaria.

La expectativa de conseguir una ruptura democrática acabó por conectar a estudiantes y profesores universitarios con organizaciones obreras, a feministas con plataformas profesionales, a objetores de conciencia con ecologistas, a éstos con movimientos vecinales y a todos ellos con demandas de una amnistía plena e inmediata. Fue así como gracias a la existencia de estas conexiones de apoyo flexibles y no formalizadas se pudo salvar la discontinuidad de muchas iniciativas, se facilitó la transferencia de temas de unos colectivos a otros y se incentivó la participación de muchos ciudadanos en acciones de protesta diversas.

Los medios involucrados en el compromiso solidario de dar cumplida cuenta de todo lo que se gestaba en el seno y alrededores de los movimientos sociales, como fue el caso de *Triunfo*, se vieron desbordados por el abundante caudal de material periodístico que entre todos generaron. Aún así, lo más significativo no fue tanto la cantidad de información vertida en la revista, que también, sino la posición pública que *Triunfo* afianzó al publicarla.

Hasta las elecciones de junio de 1977 todo el contenido de *Triunfo* remitió a uno u otro modo de hacer democracia, de inventar nuevas reglas de convivencia, de participar de formas diversas en el espacio público. La

10. Manuel Vázquez Montalbán, «Gritos y canciones», *Triunfo*, n.º 684, 6-III-1976, pág.<sup>s</sup> 16-17.

11. Claus Offe, *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Sistema, Politeia, 1992, pág. 224.

12. Dough McAdam, «Cultura y movimientos sociales», en: Enrique Laraña; Joseph Gusfield (ed.<sup>s</sup>), *Los Nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994, pág. 59.





épica de su discurso giró en torno a las mil y una maneras de contestación pública, a las múltiples modalidades de protesta y a las diversas formas de organización que proliferaron en estos años en el ámbito social o político, a los debates, a las declaraciones públicas, sin olvidar a las víctimas de la violencia en cualquiera de sus manifestaciones. Con este material, *Triunfo* trató de estimular el compromiso de los ciudadanos, desincentivar el individualismo, condenar el adocenamiento ideológico, reprobar toda forma de pasividad política e, incluso, generar un cierto descrédito de *lo privado*.

Considerando la trascendencia histórica del momento, la defensa de los propios intereses o el repliegue hacia el desarrollo de ciertas aspiraciones personales eran interpretados como una ingrata desafección hacia lo colectivo. Al fin y al cabo, *lo público* era una empresa común de esa comunidad política en que se representaba a la izquierda, era en *lo público* donde había que concentrar todos los esfuerzos y era a *lo público* a lo que había que prestar la mayor dedicación.

Ante el riesgo de dispersión discursiva y estratégica que habría amenazado a la izquierda como fuerza social impulsora de la ruptura democrática, *Triunfo* intentó desde 1976 seguir cumpliendo, como lo venía haciendo desde los años sesenta, el papel de aglutinante. Dibujó en sus páginas los perfiles de un amplísimo elenco de fuerzas políticas, movimientos sociales de signo diverso a los que reconocía como izquierda y lo elevó, en función de sus acciones, actitudes y comportamiento público, a la condición de sujeto. *Triunfo* se esforzó por cohesionar lo disperso, por aglutinar lo disgregado y lo hizo a partir de los elementos compartidos por todas las fuerzas que se decían de izquierda: su cultura política, sus procedimientos y sus objetivos.

La izquierda, se articuló, por tanto, en las páginas de *Triunfo* como una comunidad discursiva sobre la que la revista pretendió seguir actuando a modo de plataforma unitaria y referencial<sup>13</sup>. En la medida en que *la izquierda* social, cultural y política quedaban delimitadas, *Triunfo* afianzaba su condición de *sujeto* dentro de ella, condicionando, en cierto modo, el reconocimiento de sí mismo a la pervivencia de ese espacio discursivo por y para el que se manifestaba.

Para evitarlo, desde el mismo comienzo de 1976 *Triunfo* procedió a la demarcación de un *demos*, habilitado en sus páginas a fin de que todas las fuerzas políticas y sociales de izquierda, además de confluir en un común

13. Eduardo Haro Tecglen, «La perplejidad de la izquierda», *Triunfo*, n.º 739, 26-III-1977, pág. 7; Eduardo de Guzmán, «La izquierda al aire libre», *Triunfo*, n.º 740, 2-IV-1977, pág. 10-11.



espacio mediático, pudieran hacer uso público y libre de su palabra. Frente a lo establecido convencionalmente en el resto de la prensa de masas, en *Triunfo* sólo se expresó *la izquierda*; en sus páginas sólo a ella se le otorgó la facultad de hablar, mientras los sucesivos Gobiernos, por su parte, únicamente aparecieron de manera indirecta, tangencial, mencionados



Figura 5  
Portada de *Triunfo*, nº 740, 2-IV-1977





en sus iniciativas inmovilistas primero, reformistas después, y en relación, siempre, a la incidencia que sus actuaciones pudieran tener sobre el proyecto de democracia soñado por *la izquierda*.

### *La construcción mediática de una nueva ciudadanía democrática*

La lógica impuesta por el cambio político comportaba la necesidad de trazar los perfiles de la democracia como régimen de libertades, pero también como espacio de participación, como sistema superador del orden capitalista, como Estado laico y solvente en la garantía y protección de derechos, como sociedad igualitaria, y como nueva cultura cívica, capaz de romper moral y definitivamente con los residuos autoritarios de la dictadura.

Para *Triunfo*, la democratización del país ya estaba en marcha en 1976 como un proceso inexorable, en la medida en que una parte significativa de la ciudadanía, al hacer gala de nuevos valores y comportamientos públicos, al llevar a la práctica cotidiana derechos no reconocidos, estaba ya minando la pervivencia de aquellos otros en los que había sido instruida la sociedad durante el franquismo, la obediencia, el orden, la disciplina, el respeto a las jerarquías, el temor a la autoridad o la conveniencia de no significarse públicamente, y sustituyéndolos por el derecho a la autonomía personal, el respeto a la propia dignidad, el compromiso militante, la solidaridad, la libertad, la igualdad...

El *ser* ciudadano surge en sus páginas como una seña identitaria nacida de la experiencia compartida, es decir, como una forma de entender pero, sobre todo, de vivir la ciudadanía en el ejercicio cotidiano de unos principios democráticos integrados dentro de nuevas formas de vida, de nuevas prácticas sociales, nuevos discursos y nuevas actitudes<sup>14</sup>.

Para *Triunfo* estaba claro que el proyecto de *revolución democrática* sobre el que había depositado tantas expectativas comportaba la liquidación inmediata de todos los reductos represivos y trincheras ideológicas del ré-

14. Véase M.<sup>a</sup> Victoria Abril y M.<sup>a</sup> José Miranda, «Condición femenina. Los delitos de la mujer», *Triunfo*, n.º 731, 29-I-1977, pág.s 32-33; Juan Mollá, «Se pide el divorcio para España», *Triunfo*, n.º 697, 5-VI-1976, pág. 32; Luis Zarraluqui Sánchez-Eznarriaga, «Hacia el divorcio», *Triunfo*, n.º 677, 17-I-1976, pág. 32; Juan Mollá, «Inminente supresión del delito de adulterio», *Triunfo*, n.º 724, 11-XII-1976, pág. 41; Santiago Dexeus, «¿Cuándo luz verde a la contracepción?», *Triunfo*, n.º 681, 14-II-1976, pág. 34; Manuel Grosso Galván, «Las normas represoras de las relaciones sexuales», *Triunfo*, n.º 684, 6-III-1976, pág. 42; Carlos París, «Una salida para la educación», *Triunfo*, n.º 677, 17-I-1976, pág. 26; Manuel Vázquez Montalbán, «Profesores, artistas, periodistas. Ensayo parcial de libertad», «Cuestiones periféricas», *Triunfo*, n.º 687, 27-III-1976, pág. 14.





gimen anterior pues, se entendía que sólo mediante la vertebración de un discurso democrático, colectivamente construido y comúnmente compartido por todas las fuerzas de la oposición, acabaría por conformar una nueva hegemonía ideológica. Y así, en aplicación de esa lógica, se impuso en la revista la imagen de una acelerada dinámica transformadora cuyos sujetos más activos parecían converger en unos mismos fines. Más que nunca, era el futuro y no el pasado el que legitimaba la acción política.

La anunciada *respuesta democrática* nacía, por tanto, del convencimiento de una necesaria *ruptura* en el terreno político, pero no únicamente. La democratización del país se presentaba en *Triunfo* como un proceso de amplísimo espectro emprendido ya por una parte significativa de la sociedad española y que habría de afectar a todos y cada uno de los órdenes de la vida pública y privada de los ciudadanos. Si la ruptura, en su sentido más estricto, contemplaba el desmantelamiento institucional de la dictadura, la *respuesta democrática* de *Triunfo* implicaba, además, su desmantelamiento en el orden moral, comunicativo, cultural, económico y social.

Porque en *Triunfo* se destilaba el convencimiento de que los valores cívicos no sobrevendrían de forma natural y fatalista a consecuencia de un cambio político sino que ellos precisamente eran el requisito necesario sobre el que se habría de asentar cualquier proyecto de transformación democrática. Por esa razón, *Triunfo* entendió que su compromiso con el cambio democrático sólo podría materializarse haciendo de sus páginas un espacio, pero también un eficaz instrumento de confrontación, en la medida en que fuera capaz de convertir la *representación* del conflicto en una inconfundible forma de lucha política. Y así fue como el vehemente enfrentamiento discursivo que alentó a lo largo de año y medio sirvió para combatir con igual energía el inmovilismo político y sus prácticas institucionalizadas, que la mentalidad social dominante.

\* \*  
\*

En consecuencia, la labor político-periodística, resultó extremadamente valiosa en la definición de la condición ciudadana y en la socialización política de sus lectores, poniéndolos *en contacto* con las muy diversas fuerzas opositoras que poblaban el panorama político español. La transición política en su etapa más conflictiva quedó dibujada, conforme a la *ruptura comunicativa* que acometió *Triunfo*, como un amplio compendio de conflictos en cuyo transcurso se clarificaron posiciones políticas, se afirmaron protagonismos, se conquistaron derechos y se elevó a la oposición demo-





crática a la condición de sujeto político, y a la masa movilizada, al público reconocimiento como ciudadanía democrática.

Únicamente a partir de enero de 1977, *Triunfo* comenzó a afrontar de manera fatalista y, no sin evidentes disonancias internas, la posibilidad de que la ruptura democrática quedase arrinconada y la democracia sobreviniera por un camino no previsto, el del pacto con las fuerzas reformistas del régimen. Ello significaba, en cierto modo, caer presa de la irresoluble contradicción de seguir defendiendo con tenacidad un cierto esencialismo de izquierdas con el apoyo distante a una dinámica política que empezaba a dar muestras de disgregación partidaria irreversible.

No sólo la *ruptura*, también el *conflicto*, entendido en su acepción más genérica y amplia, habría de sufrir su propio proceso de institucionalización; por un lado, porque fueron las formaciones políticas más proclives a la negociación las que obtuvieron una mayor confianza electoral y, por tanto, una mayor cuota de poder en el diseño del nuevo sistema democrático y, por otro, porque algunos de los valores democráticos, enarbolados como bandera desde años atrás por una fracción significativa de la ciudadanía en contexto de conflicto, experimentarían en el transcurso del proceso constituyente una clara redefinición política y jurídica dentro del nuevo espacio institucional.

Con todo, y pese a que el final de esta primera fase de la transición democrática pareció dejar condenados muchos de los proyectos, sueños y expectativas, pletóricos de posibilidades tan sólo un año antes, la cultura cívica gestada entonces consiguió, no obstante, dibujar el horizonte de la innovación democrática en las décadas siguientes, cuando el sistema democrático consolidado ha ido incorporando con normalidad al espacio de lo político la resolución de muchas de las demandas y expectativas entonces planteadas.



